

EL ORO ES TRISTE

Jose María Corella Hurtado¹

Esas narraciones eran las mismas cantaletas de mis abuelos, de mis tíos, de los negros y los mineros, contadas bajo las torrenciales noches de lluvia o bajo los indignos soles. Mi madre también relataba de memoria, como una cotorra y con la misma exactitud mientras realizaba los oficios domésticos, bien sean los de la barraca del puerto de Barbacoas o los de la casa de Pasto.



Los barbacoanos de esa lejana generación, debieron soportar los recuerdos nefastos de la historia enquistada con dolor porque crecieron coreando episodios con la misma y sorprendente precisión. Era, es y será por siempre, una carcoma dolorosa y perseverante, aquello de la draga. Es que lo sucedido en Barbacoas no debe olvidarse y menos repetirse. Esos sucesos me comprometían de alguna manera; vividos unos en carne propia y a oídas otros que mezclaban el dolor que causó a los paisanos la pobreza en que quedaron.

Así, y en esta dimensión aprendí a palpar los buques que navegaban; reales y ciertos. Conocí la draga, sabía cómo se funde el metal dorado y tenía la sensación cierta de haber oído el martillar de los joyeros en los yunques diminutos (Tas), el lamento del oro afilado en los ojos de las platinas, y haber comido oro en polvo; como ellos.

Mis letras comienzan allá en Barbacoas desde que abrí los ojos a la razón y me encontré llorando sobre la empalizada de la barraca humilde que me vio nacer. La barraca flotaba, o estaba en el aire, o no estaba. Aquellas casas de tablas permanecían

¹ Oración pronunciada por el doctor José María Corella Hurtado, Presidente del Capítulo de Nariño, en la Sesión Solemne de la Academia Nariñense de Historia, durante el Acto de su Incorporación en calidad de Socio de Número, el 16 de junio de 2011.

silenciosas, sin pintar, sobre zancos de chonta incrustados en el lodo de las acequias desde cuando los maestros de obra cavaban y cavaban, hasta tocar oro macizo y comenzaban a levantar la construcción. Casas hechas de troncos que se herrumbraban con el sol y se oxidaban con la lluvia. Barracas inocentes, quietas y abrumadoras. La lluvia perenne percutía incesante sobre el zinc porque allá en Barbacoas llueve diez veces al día.

Apenas nació mi madre Leonor me levantó en su regazo y me hacía eructar gases sofocantes de mi vientre, con toquecitos suaves y tiernos en mi espalda, que alivió. Me sentía ahíto de la leche materna que brotaba a raudales de sus senos corpulentos. Que delicia aquella leche dulce y abundante de la selva. Era la savia de mi vida con la que empecé a enfrentarme en la lucha por sobrevivir. Mejor dicho, a vivir. Siendo muy bebé, de un par de meses quizás, mis ojos vieron el incendio infamante e injusto. Quedé asombrado cuando las llamas altas acababan con mi pueblo, convirtiéndolo en un rimero de brasas, encendidas en una tea citadina. Yo seguía aliviando mis dolores gástricos en el regazo de mi madre que corría despavorida de allá para acá. Me acuerdo, como si fuera hoy, de entre los escombros, asomó mi padre; tiznado y con quemaduras: - ¡Todo se ha consumado. Vámonos de aquí. Vámonos a vivir en otra parte! dijo.

Arsenio, mi padre, andaba siempre enfurecido por los acontecimientos de aquella draga ominosa y advenediza que se llevaba las riquezas, decía. No hay derecho, decía. No es posible, decía, y lo repetía a cada instante y con insistencia. Yo lo oía.

Las casas del litoral tienen un olor peculiar de valeriana cruda; humedecidas y resecaídas por sol y aguaceros sofocantes y perennes y vueltas a humedecer por otros aguaceros otra vez, sofocantes y permanentes. Casas evaporadas de suciedad,

quizás, con el sabor de sábalos y selva. Es peculiar ese olor inconfundible y maravilloso que vive en mis sentidos como el más fino de los aromas.

El comedor y las estancias de mi barraca se volvían independientes por los biombos de telas verdes que dejaban ver la desnudez y los amoríos de mis padres. Que felicidad cuando mis padres se amaban y se besaban acezantes encendidos de sus amores perennes. Era el más tierno de los espectáculos que pude ver. Yo los miraba entre los biombos. Ya tenía edad y vida y eso era lo que me importaba. Una vida para mí. Mi propia vida.

Los barbacoanos, como pocos, nos sentimos aún henchidos de placer cuando relatamos. Pareciera como si un hada milagrosa nos hubiese impulsado a contar. Como si quisiéramos dejar constancia de los propósitos y despropósitos cometidos allá, bien sea en aras de la explotación del oro, desde que los europeos vinieron como mineros; bien sea el episodio ominoso de la draga opulenta que permaneció 40 años explotando las cuencas de sus ríos; bien sea por la cultura gloriosa que lograron establecer los moradores y lo de ahora centro de carnales enfrentamientos de lucha armada.

Siempre, desde hace más de doscientos años, ha existido una constante rigurosa. El Pueblo siempre pobre; plantado en oro.

Escribir estas páginas, es plasmar la época cuando por sus calles paseaban las mujeres negras y blancas contoneándose de talares faldas, de escotes abismales y amparadas del sol y la lluvia con sombrillas de asiáticos dragones, aromadas con sus coquetos perfumes de Marsella.

Historiar de Barbacoas es recordar cuando los caballeros blancos y negros vestían de elegancia sin par, usando paño y cubilete inglés en la época

del invierno europeo o lino blanco y canotí en el verano de allá, sin importar los rigores del trópico de acá y evocar las salas esplendorosas, las vajillas resplandecientes y muebles estarcidos de tallas nobles.

Es recordar la furia de los vapores que desembarcaban enormes guacales con carros desarmados, con imprentas, con vajillas blasonadas y murrinas copas de cristal listas para bruñir. Porque los vapores trajeron pianos, pianolas y todos los instrumentos musicales conocidos cuando dieron vía en el canal de Panamá. Había tantos y tantos pianos, que construyeron las casas “Con el piano adentro”. Los buques trajeron, además, jabones empacados en papel de sándalo; quesos de Holanda amarillos y fragantes; molinos, imprentas, muebles de maple, campanas, telas y espejos; vinos y carnes enlatadas, granos, azúcar, manteca, jabones y la perfumería. El petróleo y la gasolina para los carros que empezaban a rodar y en fin, todo cuanto había para surtir los almacenes, y volver a surtir a su vez, a los pueblos pascaneros del camino, a las tiendas de los tambos, a los pueblos florecientes de Túquerres, a las ciudades de Pasto e Ipiales y el norte del Ecuador.

Arrierías oídas desde lejos venir piafantes. Bestias echadas a sus lomos las parihuelas. Los cargueros y silleteros orgullosos de cargar hombres a sus espaldas. Los tambos del camino; las marimbas con su tedioso son. El caney de la panela; el aroma virginal de los quesos rancios de Ipiales y las fragancia de cerdo ajamonadas en la dura travesía a lomo de mula.

Era el Malecón de Barbacoas un puerto ensartado con un camino que llevaba “*las extranjeras*” (como decían allá), a la sierra. El 23 de septiembre de 1891 el camino entró a Barbacoas.

A su vez los barcos regresaban atestados de altiplanicie; fragantes de ajos y cebollas, verduras, cueros, paja toquilla, balletas, carne, quesos de la sierra; papas, granos, panela, legumbres y hortalizas que distribuían en las aldeas del río y el puerto de Tumaco.

Y las arrierías regresaban, a su vez, con la mercancía europea hacia la sierra. Un intercambio mercantil que hizo historia. Un marketing de la época quizás.

Este pueblito de casas matronales y suntuosas, *adomingadas* de enfadada alcornia y elegancia. Pianistas, escritores, músicos como Jeremías Quintero quien compuso villancicos conocidos en todo el mundo; como aquel: “Debajo de un Duraznero”.

Fue historia y es historia agobiada por el tiempo las casonas de los encumbrados o los nobles como ellos mismos se llamaban; casas peripuestas de dos pisos construidas con el piano adentro, como la casa de Los Plaza en la Calle del Guayabal (donde nació y vivió en su juventud la madre del presidente del Ecuador, Leonidas Plaza), o la Casa de los López, o la Casa de los Sevillanos, o la Casa de los Díaz del Castillo en la Calle de San Antonio, la de los Llorentes, o La Casa de los Del Castillo, aquellos mineros famosos cofundadores del Banco del Sur, o la casa de los Cortés (Uno de cuyos hijos fue Presidente de Costa Rica: Javier León Cortez: 1936-1940), la casa de los Reyes, de los Ferrin, de los Daste, de las Las Arias, o la gran casona de los Salazares, la casa de los Molineros o la casa de los Ledesmas y Quiñones.

Antes de aprender a llorar, o quizás sin llorar aún, desde el vientre diáfano de mi madre, conocí al pueblo de las narraciones míticas como el que más; quizás un Macondo Nariñense, una vorágine de leyendas, una hojarasca de infortunios, un pueblo

sumido en el olvido ahora, con energía eléctrica permanente hace once años apenas, expoliado por la draga ominosa que regalías dejaba un tambor de ACPM diario para encender la planta eléctrica y unos estipendios invisibles. Con una carretera que cumplirá 60 años de infortunados propósitos para terminarla, pueblo dejado a su destino porque las familias se fueron o debieron irse dejando aluviones y vetas de oro. Oro en polvo de los ríos, oro en roca de su subsuelo.

¿Por qué se fueron las familias, si vivían sobre el oro? Preguntamos. ¡Quizás porqué debieron buscar otros destinos! respondimos; la educación y las universidades para sus hijos, quizás la misma salud, porque el suelo adyacente no fue ni es pródigo para la agricultura; porque apareció El Ferrocarril de Nariño que iba desde Tumaco hasta El Diviso arrastrando la mercancía con suavidad y sin los

estropicios del camino de lodo, ni las víboras fosforescentes que se desprendían de los árboles. Tren que arrastraba a un pueblo entero tras la locomotora acezante con sus nasardos encendidos al cielo.

Entonces el pueblo estaba destinado al olvido. Me refiero a que el oro es triste.

La Academia Nariñense de Historia ha decidido acoger mi nombre para integrar esta digna corporación. Ello me enaltece y expreso mi voz de gratitud.

Desde cuando cursaba los años de mi vida escolar, los años de mi vida universitaria y los años del postgrado en Anestesiología vi en mis profesores y docentes a seres maravillosos ubicados en el culmen del saber. Me parecía solemne sentarme en el banco escolar o universitario para aprender la ciencia, la cultura y la historia.